

PANEL I

“CÓMO CONSTRUIMOS NUESTRA IDENTIDAD A TRAVÉS DEL DEPORTE”

DÑA. BENILDE VÁZQUEZ GÓMEZ

Fac. de C.C. Actividad Física y Deporte-INEF

Universidad Politécnica de Madrid

I. Introducción.

Siendo el deporte, actualmente, una de las señas de identidad de las sociedades desarrolladas y existiendo un consenso científico sobre los beneficios que su práctica puede proporcionar, además de un consenso pedagógico sobre los valores educativos que puede desarrollar, llama la atención la poca participación de nuestra población en general, sobre todo la de algunos colectivos, en particular las mujeres. Se sabe que el 60% de las mujeres españolas de entre 15 y 70 años de edad no ha practicado nunca un deporte manteniéndose en el inconsciente colectivo el tópico de que “el deporte es cosa de hombres”.

Es verdad que, a pesar, de la presencia de las mujeres en los niveles más altos del rendimiento deportivo, todavía, las mujeres en general siguen identificándose menos con el deporte que los hombres. A éstos les resulta fácil asumir la identidad deportiva, pero en el caso de las mujeres parece que no. ¿A qué se debe que unas personas se identifiquen más con el deporte que otras?. Las diferencias entre hombres y mujeres en este caso ¿se deben a sus diferencias biológicas o son diferencias de género, y por lo tanto construidas a lo largo de la vida? ¿Cómo se construye la identidad deportiva?

En los últimos años, se vienen desarrollando líneas de investigación relacionadas con el conocimiento y análisis de las identidades deportivas, su construcción y sus funciones. El término *identidad* se relaciona con el concepto de uno mismo y con la permanencia; el concepto de identidad está, pues, en la base de la definición de una persona, sin embargo, a lo largo de la historia, este concepto, ha sido utilizado con diversas acepciones, sobre todo en lo que se refiere a la permanencia de esta percepción en el tiempo.

Si nos remontamos a los sabios griegos, encontramos que Parménides sostenía que el ser es permanente, estable y mantiene una sustantividad propia a través del tiempo. Por el contrario, Heráclito afirmaba que el ser es cambiante, representando esta idea con su conocida idea de que *“nadie puede bañarse dos veces en el mismo río”*. Ambas ideas han sustentado teorías filosóficas diferentes, así como formas de vida y teorías educativas bien distintas. En la actualidad la idea más generalizada es que *identidad* se contrapone a *variedad y cambio*.

El sentimiento de identidad personal tiene dos dimensiones, una cognitiva, lo que yo creo que soy, y otra afectiva, el valor y satisfacción que me produce ser como soy; ambas cosas, además, están en la base de mi conducta ya sea consciente o inconscientemente. Por ejemplo, es más fácil que una persona haga deporte si se reconoce capaz de tener éxito en esa tarea y además lo considera valioso

La identidad personal o concepto de uno mismo, es algo que se construye a lo largo de toda la vida y, al igual que otros sentimientos humanos, no nacemos con una identidad determinada sino que la vamos elaborando poco a poco, a través de las distintas etapas del desarrollo.

Una primera etapa, clave, en el desarrollo de esta identidad, es el momento en el que el niño/a se percibe como algo separado del cuerpo de su madre y constituye la primera vivencia del "yo" aunque no la elabore cognitivamente. Esta percepción inicial del "yo" es básicamente corporal.

Otro momento importante es cuando asume su individualidad y utiliza la palabra "yo" para referirse a él mismo como separado de los "otros". En esta etapa, todavía, se mantiene esa percepción del "yo" ligada a lo corporal, pero ya empieza a sobrepasarla constituyendo la base del "yo personal" y de los aprendizajes posteriores relacionados con la idea de uno mismo, fundamentalmente la identidad sexual y la identidad de género.

Es en la adolescencia cuando se acuña la identidad definitiva, tanto desde el punto de vista corporal como del personal. En este momento se produce el nacimiento de la intimidad y de la autonomía personal y, de nuevo, el yo corporal pasa a ocupar un primer plano. El sentimiento de identidad, más o menos asentado en las etapas anteriores, en muchas ocasiones se rompe en añicos, motivado por la nueva configuración del cuerpo y por la pertenencia a un mundo indefinido en el que no hay una identificación ni con el niño ni con el adulto. Este proceso es fundamental y prioritario en el adolescente para la construcción de una identidad propia y permanente.

En nuestro tiempo, en la llamada sociedad postmoderna, los grandes modelos y valores colectivos han desaparecido en una gran mayoría y el individuo se ha instalado como la medida de todas las cosas, perdiéndose los referentes tradicionales de construcción de la identidad tales como la familia, la religión, las ideologías, etc. Además, las personas se ven sometidas a continuos y rápidos cambios que ponen en peligro la estabilidad de su "yo" personal, por lo que la afirmación de la identidad propia se convierte en una necesidad prioritaria.

A la vez, como el individuo no es autosuficiente, necesita que esta identidad sea reconocida por los demás y busca como referente una identidad colectiva, ya sea través de la música, la

moda, el deporte o a través de la pertenencia a otro tipo de grupos más pequeños como bandas, clubes, etc. con los que se siente identificado; por eso, el proceso de construcción de la identidad no es un constructo solamente individual, sino que es mediado por la sociedad, sobre todo por los "otros": padres, familia, escuela, amigos, etc. Todos ellos influyen en la interiorización de los valores propios de una sociedad de manera que el individuo se siente parte del colectivo social al participar de sus mismos valores. Aparece, entonces, lo que se llama la identidad colectiva.

Concluyendo, podemos decir que hablamos de identidad personal cuando nos referimos al individuo en cuanto tal y, de identidades colectivas, cuando consideramos al individuo como perteneciente a un grupo con el que se siente identificado.

Cuando estos conceptos se relacionan con el deporte, aparece el concepto de identidad deportiva. En las últimas décadas se ha ido desarrollando este concepto, aplicándolo con carácter individual o colectivo, según se establezca a partir de la identidad individual o de los diversos grupos.

En esta ponencia, vamos a centrar nuestra atención en la construcción de la identidad deportiva desde el punto de vista individual y cómo esta identidad deportiva se construye con relación al sexo de los y las deportistas.

II. Las identidades deportivas.

El concepto de identidad deportiva viene determinado por la relación que una persona tiene con el deporte. BROCK y KLEIBER (1994) y WIECHMAN y WILLIAMS (1997) proponen la siguiente definición *La identidad deportiva es el grado en que las personas se identifican con el rol de deportista.*

Como ya hemos señalado, esta identificación puede producirse desde la perspectiva individual y, también, desde la colectiva.

En el caso de las identidades colectivas, el deporte posee una gran capacidad de adscripción simbólica, sobre todo la competición deportiva. En primer lugar, proporciona una implicación afectiva de los contendientes, de los seguidores, de los espectadores, etc., que les hace ponerse al lado de uno u otro equipo. Con ello, comienza a desarrollarse un sentimiento de pertenencia que se manifiesta en frases como "hemos ganado" o "nos han robado el partido" y que, según LAGARDERA (1990), demuestran la tremenda capacidad que tiene la competición deportiva para transferir identidad.

Estas identidades deportivas de carácter colectivo van más allá del propio fenómeno deportivo; de tal forma que, su significado, se amplía con contenidos que no son

estrictamente deportivos y que se sintetizan en frases como “el Club de Fútbol Barcelona es más que un Club”.

A través del espectáculo deportivo se desarrollan identidades locales, nacionales, autonómicas, incluso raciales. Todas ellas constituyen líneas de interés para los investigadores existiendo bastantes estudios e información al respecto; sin embargo, nosotras no vamos a desarrollar esta perspectiva sino que vamos a centrarnos en la identidad deportiva individual, su construcción, su desarrollo y sus consecuencias.

En concreto, nuestra exposición se orientará a conocer ¿cómo se construye la identidad deportiva?, ¿por qué unas personas se identifican más con el deporte que otras? y, por último, a saber si tienen la misma identificación con el deporte los hombres que las mujeres y ¿por qué?

III. Las identidades deportivas y el cuerpo.

En la base de la identidad está el autoconcepto y, como sabemos, el autoconcepto es un constructo que se elabora mediante la interacción de la experiencia personal, las relaciones interpersonales y la interrelación social; por lo tanto, se construye tanto a partir de lo que una misma observa como de la imagen que los demás tienen de nosotras.

Una de las variables del autoconcepto es el **autoconcepto físico** que, según FOX (1990), está formado por: *la competencia deportiva, el atractivo corporal, la condición física y la robustez física.*

Existen bastantes datos, aunque no concluyentes, todavía, de que el mantenimiento de las personas en la práctica deportiva está relacionado con la percepción que cada uno tiene sobre su capacidad o competencia deportiva. Evidentemente, el autoconcepto y la competencia o el rendimiento no son variables independientes sino que interactúan entre sí.

La relación entre la identidad deportiva y el cuerpo es una de las líneas de investigación que hoy es estudiada con interés. Tradicionalmente, en el ámbito profesional de la Educación Física y el Deporte se ha obviado el tema del cuerpo para centrarse en el movimiento y en las habilidades (VÁZQUEZ, 2001). Asimismo, en general, las personas no nos preocupamos del cuerpo excepto en el caso de que algo vaya mal; entonces, el cuerpo se convierte en el centro de nuestra atención y empezamos a preguntarnos: ¿qué es lo que puede ir mal? Las enfermedades, las lesiones, los conflictos con la apariencia física y la competencia motriz constituyen algunas de las causas que nos hacen tomar conciencia de nuestro cuerpo, precisamente, porque alteran la relación entre el “yo” y el cuerpo. En estas situaciones surgen las actitudes conscientes en relación con el cuerpo que se manifiestan en “no llego”, “no puedo”, “esto no es para mí”, etc.

Aunque la percepción del "yo" está siempre vinculada al cuerpo, no siempre es manifiesta para el individuo. Sin embargo, en el caso de las y los deportistas, sobre todo en los casos de alto rendimiento, esta relación es totalmente percibida y se convierte en el centro de su identidad personal. Para este colectivo, el "yo corporal" adquiere un significado especial porque dependen y confían en su cuerpo. Esta confianza parte de la idea de que su "yo corporal" es, en primer lugar, un **yo corporal disciplinado**. Una persona deportista de alto nivel no puede dejar nada al azar y, su cuerpo, no puede ser un problema sino que debe responder de manera inmediata y eficaz a cada orden.

Este "yo corporal" es, además, un **yo glorificado** (ADLER & ADLER. 1989). La experiencia de la gloria es especialmente excitante para los y las deportistas y les permite ampliar diversos aspectos de su sentido del "yo". Sin embargo, este yo glorificado es, también, codicioso y adictivo, buscando ascender continuamente, incluso, a veces, anulando otras dimensiones importantes del "yo". Este es el caso de deportistas que desatienden lesiones, incluso graves, o la utilización del dopaje en pos de un momento de gloria.

La vertiente glorificada del yo corporal del deportista es tan estimulante que le hace centrarse, cada vez más, en su rol de deportista, con menosprecio de otros roles sociales a medio y largo plazo. Todas sus energías las dirige a su rol de deportista, con el fin de obtener más y más éxitos.

Una de las consecuencias que tiene este yo glorificado del deportista es que le hace perder otros caminos y proyectos, importantes a largo plazo. Ello, se manifiesta de manera crucial en el momento de la retirada de la vida deportiva. Igualmente, ocurre cuando el o la deportista sufre una lesión importante o una enfermedad incapacitatoria, en cuyo caso, la ruptura del "yo corporal glorificado" puede representar la pérdida de gran parte de su propia identidad.

La trascendencia de estas cuestiones no es cosa baladí; por ello, creemos que deberían ser tenidas muy en cuenta a la hora de desarrollar planes de formación de deportistas.

Otros aspectos, no menos importantes, de la identidad deportiva, estarían relacionados con el ámbito cognitivo y, por citar algunos de los más relacionados con los estereotipos de género, señalamos: *los estilos atributivos, la autoconfianza, la motivación de logro, afiliación y poder, la ansiedad y su control y la concentración.*

IV. La identidad deportiva y el género.

La influencia que los roles de género tienen en la construcción de la identidad deportiva de los chicos y de las chicas, cómo se construye esta identidad en uno y otro caso, y los

agentes sociales que intervienen en este proceso, trataremos de explicarlos en este apartado.

Tanto en chicos como en chicas, parece que la máxima influencia de los roles sociales adscritos al género se produce en la niñez y procede de la familia; esta influencia decae en la adolescencia y vuelve a estar presente en la etapa adulta.

Dentro de la familia, la influencia del padre y de la madre es desigual. Debido a que la participación en prácticas deportivas es superior en hombres que en mujeres y que estas prácticas suelen adscribirse al rol masculino, es el padre el modelo deportivo dentro de la familia.

SPARKES y otros (1990), utilizando relatos autobiográficos, recogieron memorias y datos de estudiantes de Educación Física sobre el deporte en su niñez, también sobre las relaciones con sus padres y madres y sobre la emergencia de su identidad masculina y femenina. En el caso de los chicos, se observó que, desde muy pequeños, veían el deporte, como algo competitivo y sagrado y que representaba un mundo de total compromiso, caracterizado por el fanatismo. Practicar deporte con el padre, contribuía a crear la idea de lo que es un hombre, es decir, era una actividad relacionada con la masculinidad. Por lo tanto, desde muy pronto, el deporte se considera un atributo de la identidad masculina. Evidentemente, la práctica posterior no hará más que reforzar los atributos corporales y sociales del hombre: fuerza, resistencia, dominio, agresividad, competencia...; es decir, hay un permanente refuerzo del estereotipo masculino.

En cambio, las mujeres se apoyan en otras facetas para construir su feminidad. Según los datos autobiográficos del estudio citado, las chicas han tenido que "ganarse al padre" y ser dignas de su confianza si querían practicar deporte. A la madre se la ignora cuando se habla de deporte en el seno familiar, ello quedaba patente tanto en el caso de las chicas como en el de los chicos, y a ella se le asigna el papel de cuidadora y de preparadora de las cosas cotidianas. En algunos relatos, las chicas deportistas se definían como "chicas de papá", al haber conseguido vencer las reticencias familiares respecto de su implicación en el deporte. Un ejemplo de estas situaciones lo representa la película "Quiero ser como Beckham".

Parece ser que las mujeres tienen que romper con el modelo femenino, representado por la madre, para incluir entre sus actividades las deportivas. De hecho, en estos estudios y en otros, como los de FASTING y col. (2000), queda patente que, las mujeres deportistas, sobre todo las practicantes de un deporte vinculado al rol masculino, como es el caso del fútbol, muchas de ellas cuentan que de pequeñas querían ser chicos. Comentan, también, que eran más activas que la mayoría de sus compañeras y que practicaban muchos tipos de deporte, manifestándose en su juventud con una cierta rebeldía por este hecho. En resumen, podría decirse que su motricidad estaba más cerca de la de los chicos que de la esperada para ellas.

Teniendo en cuenta las experiencias aquí señaladas y otros estudios realizados en esta misma línea, podríamos afirmar que los niños viven el deporte de manera natural desde pequeños. Las niñas, por el contrario, tienen una relación conflictiva con el deporte desde la niñez.

Más tarde, en la adolescencia, cuando la influencia pasa de la familia a las amistades, las diferencias de género siguen manteniéndose, según se extrae del citado estudio de Sparkes (1990)

V. La influencia del deporte en la construcción del "yo corporal".

A través de diversos autores y de nuestro propio conocimiento empírico sabemos que el "yo corporal", es un constructo que elaboramos a partir de una estructura biológica dada en el nacimiento.

Esta estructura biológica se desarrolla, no sólo por la dotación genética, sino, también, por las intervenciones que sobre ella se hacen; unas, de carácter físico: alimentación, cuidados, influencias climatológicas, tareas a las que se dedique el cuerpo, etc.; otras de carácter social transmitidas a través del proceso de socialización: la medicina, los códigos sociales, religiosos o morales.

Sin lugar a dudas, podemos afirmar que nuestro "yo corporal" es un producto de todo ello. Si, tradicionalmente, pensábamos que el cuerpo era un regalo de Dios; en nuestra época, se considera que *"las características corporales no dependen tanto de la fatalidad o de la herencia como de lo que cada uno hace para merecerlo"* (KUNZLE, 1992).

La construcción social del cuerpo no sólo se refiere a los aspectos más visibles, como puede ser la morfología corporal; intervienen, también, aspectos mucho más profundos como es la identidad corporal y la relación que cada persona establece con su cuerpo.

Por otra parte, el orden social, moral y estético se filtran inconscientemente en las manifestaciones vitales del cuerpo infantil y adquieren fuerza de ley; así, somos hombres o mujeres, no sólo por el sexo genético sino porque adquirimos los gestos, las formas de sensibilidad y los modos de relación que una sociedad asigna a unos y a otras.

Además de este proceso de socialización, existen intervenciones sobre el cuerpo que han sido encomendadas a las instituciones a lo largo de los años. La religión, la medicina y la milicia fueron las iniciales; posteriormente, la educación, a través de la Educación Física y del Deporte.

En la actualidad, algunos de estos ámbitos han dejado de actuar de manera tan directa sobre el cuerpo, pero, en cambio, otros, como la medicina, el deporte y, últimamente la moda, han intensificado su intervención.

En el caso de la actividad física y el deporte, a medida que la población femenina se ha ido incorporando a su práctica, esta ha ido teniendo mayor influencia en la construcción del "yo corporal" de las mujeres.

La clásica polémica entre Educación Física y Deporte, de principios del siglo XX, entre profesionales y teóricos de la Educación Física tuvo su reflejo en las diferencias de género.

Es sabido que las mujeres accedían con mayor facilidad a los ejercicios gimnásticos que al deporte, aún cuando muchos de los sistemas gimnásticos tuvieron un marcado carácter militarista en el que no cabían las mujeres.

Sin embargo, los objetivos y las metodologías gimnásticas, con la búsqueda del dominio y armonía corporal, sobre todo la llamada gimnasia educativa que fue la que más practicaron las mujeres, casaba muy bien con los valores del estereotipo femenino de la época: formación corporal con objetivos estéticos, elegancia en los movimientos, armonía en la actitud postural, etc. A la vez, la metodología utilizada en estas prácticas, aseguraba sumisión a la autoridad y adaptación al grupo.

Por todo ello, en el primer tercio del siglo XX, la intervención del deporte estaba mediatizada por este tipo de actividad física y deportiva que era asignado a las mujeres para su práctica. La gimnasia individual y en grupo, con movimientos estereotipados y con marcado carácter higienista, concebida desde la perspectiva de conservar la estética corporal femenina, contribuía a mantener el rol social de género que, en relación con el cuerpo, estaba asignado a las mujeres. En este periodo, el mantenimiento del "yo corporal deportivo" como cuerpo estético constituía el modelo deportivo femenino.

Casi en paralelo con la etapa anterior, algunas mujeres, muy pocas realmente, se van incorporando a modalidades deportivas que, por sus características de ejecución, permitían mantener tanto en el vestuario como en los gestos la imagen corporal establecida como rol social para el sexo femenino. Con ello, estas mujeres comienzan a incorporar a su "yo corporal deportivo" un carácter más funcional. Para ellas, el cuerpo es algo más que estética y una visión objeto de admiración para los otros, especialmente para el hombre; el cuerpo les sirve para realizar gestos que concluyen en una finalidad deportiva: competir, ganar, recrearse, participar, etc. Nos encontramos con un "yo corporal deportivo" como cuerpo funcional.

Desde este concepto de cuerpo funcional, aparece, durante las décadas de los años sesenta a los ochenta, la asunción del rol masculino en las mujeres que practican deporte de alta competición. En efecto, el concepto de funcionalidad, unido a un objetivo de eficiencia, hace que las mujeres deportistas adopten gestos y vestimenta similares a los que tienen los deportistas del sexo masculino. Incide en este proceso, además, la incorporación de la mujer a modalidades deportivas que hasta entonces habían estado reservadas sólo para los hombres en los Juegos Olímpicos, tales, como, las pruebas de lanzamiento y de resistencia en atletismo.

El impacto que este modelo de yo corporal deportivo tiene en la práctica deportiva femenina de alto nivel, obliga a adoptar algunas medidas de control de sexo en las grandes competiciones, debido a que, en su apariencia física y en sus gestos, algunas deportistas no conservan prácticamente ninguno de los signos de identificación femenina, más bien son identificadas como posibles hombres.

A finales de los años ochenta, con una participación cada vez mayor de mujeres en los Juegos Olímpicos y en los grandes encuentros deportivos y una, casi plena, participación en todas las modalidades deportivas, parece resurgir entre las deportistas la necesidad de recuperar la norma estética que ha constituido las señas de identidad de las mujeres en la sociedad. Se observa como algunas deportistas incorporan maquillaje a su atuendo deportivo y, éste, se vuelve mucho más llamativo y estético. La atleta Florence Grifflit, durante los Juegos Olímpicos de Tokio, aparece en la pista de atletismo perfectamente maquillada, con las uñas muy largas y pintadas de color y con un maillot con capucha que llama poderosamente la atención. Sin embargo, este atuendo no le impide obtener medallas y batir records. Realmente, se estaba produciendo un cambio significativo del "yo corporal deportivo" femenino que se mueve entre el modelo masculino y la norma estética. Por un lado, se conserva el modelo masculino en cuanto a eficiencia y participación en casi todas las pruebas y deportes; por otro, se trata de no perder los signos de identidad estéticos que caracterizan el rol social femenino.

El marcado carácter comercial que va tomando el deporte a partir de los años noventa y la progresiva liberalización de la mujer en las culturas occidentales, hacen que la publicidad fije su atención en la imagen de la mujer deportista como reclamo de numerosos productos y estrategias de venta; con ello, empieza a producirse la *erotización del cuerpo de la mujer deportista* sometiéndose de nuevo a la dictadura de la estética. Algunas deportistas, sobre todo las que tienen una imagen más estética, son objeto de contratos millonarios por anunciar productos de distinto tipo y en los que, no sólo se utiliza su imagen deportiva, sino que, también, se recalca el estereotipo de mujer hiperfemenina. Asimismo, las propias deportistas adoptan vestimentas que destacan y ponen de manifiesto los atributos femeninos, a expensas de la solicitud de su imagen con fines comerciales.

En estos momentos, creemos estar asistiendo a la aparición de *una identidad más potente de la mujer deportista* cuya influencia se extiende a otros campos como la moda convirtiéndose en un nuevo modelo estético para las mujeres actuales. Efectivamente, la deportista reúne en su imagen aspectos corporales y de personalidad que casan muy bien con la forma de vida actual; cuerpo joven, sano y disciplinado y autónomo, así como una personalidad más independiente y segura de sí misma.

Sin embargo, todavía, en su reconocimiento social como deportista profesional coexisten dos miradas sobre la mujer deportista.

Por un lado, encontramos el modelo masculino: fuerte, libre, competente, capaz de codearse con los hombres y alcanzarlos en el espacio mismo de la virilidad. Este modelo es rechazado socialmente, incluso por los propios hombres.

La otra mirada sobre la mujer deportista actual, consiste en verla, a pesar de todo y ante todo, como una mujer femenina. Un ejemplo de esta segunda visión de la deportista es el tratamiento que le da la prensa y que se ajusta perfectamente al estereotipo clásico.

Sin duda alguna, es en la prensa deportiva, donde el discurso sobre el cuerpo de la mujer deportista se muestra más revelador y más característico del imaginario erótico masculino.

En nuestra opinión, la identidad deportiva de la mujer sigue sin reconocerse por muchos sectores de la sociedad. Una clara muestra de ello es lo poco que importa el deporte femenino: no se ve, no se lee, no se oye. Este silencio o negación de la mujer deportista, según algunos autores, funciona como un regulador de los excesos femeninos y hace que la mujer deportista presente una imagen que la desvincula tanto del rol masculino como del femenino.

Creemos que los medios de comunicación y los creadores de imagen deben reconocer y difundir el rol deportivo de las mujeres sin acudir constantemente al referente masculino. Es decir, deben considerar a **la mujer como verdadero sujeto deportivo**, en equidad con el hombre, y por lo tanto con los mismos derechos y oportunidades.

Por último, pensamos que también las propias deportistas, por su parte, conscientes de su propio poder deberían exigir ese reconocimiento social y mediático.

Muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA

Adler, P.A. y Adler, P. (1989).- The gloried self: the aggrandisement and the constriction of self. *Social Psychology Quarterly*, 52 (4).

Brock y Kleiber (1994).-Narrative in medicine: The stories of elite college athletes.En *Qualitative Health Research*, 4 (4).

Fasting,K. y col.(2000).-Experiencia y significado del ejercicio físico en la vida de las mujeres de algunos países europeos. Ministerio de Asuntos sociales. Instituto de la Mujer

Fox,K.(1990).- The Physical self perception. Profile Manual.-De Kalb, IL. Office for Health Promotion. Northern Illinois University

Lagardera, F. (1990).-Una interpretación de la cultura deportiva en torno a los orígenes del deporte moderno.Tesis doctoral.Universidad de Barcelona.

Sparkes, A: C: y Silvennoinen (1999) (eds.).-Talking bodies. Men's narratives of the body and sport. Sophi. Jyväskylä.

Vázquez Benilde (2001).- Bases educativas de la actividad física y el deporte. Madrid. Síntesis

Wiechman,S. y Williams. J. (1997).-Relation of athletic identity, injury and mood disturbance. En *Journal of sports Behaviours*, 20 (2).